

ARTE Y COMPROMISO CON LA HISTORIA

Discurso de ingreso de D. Augusto Ferrer Dalmau Nieto como académico de número de la Academia de las Ciencias y las Artes Militares, pronunciado el 10 de noviembre de 2021 en sesión solemne.



Muy buenas tardes a todos,

Quiero comenzar mis palabras expresando mi agradecimiento a la Academia de las Ciencias y las Artes militares por el nombramiento con el que he sido honrado como Académico de Número, con la Medalla número 32.

«ARTE Y COMPROMISO CON LA HISTORIA» es el título que he elegido para mi disertación. Esto es así porque, estrictamente, lo que expondré y compartiré con todos ustedes se refiere exclusivamente a mi experiencia personal, a mi motivación y técnica individuales como pintor enfocado, en gran medida aunque no sólo, en hechos históricos de contextualización y connotación militares.

Dos son los ejes principales de mi vocación artística: la pintura en sí misma y mi amor y admiración por España, por su historia y por los héroes que dieron todo por ella.

Empezaré por lo segundo, que es lo más importante, porque el artista —y luego abundaré sobre ello— debe buscar la belleza, sin duda, pero también debe tener una función social —la que le dicta su conciencia—, un compromiso con sus semejantes.

Nací hace 57 años en Barcelona, Cataluña, una tierra profundamente hispana desde mucho antes de su propia configuración cultural, territorial y política cuando, precisamente, era conocida en la Alta Edad Media como “Marca Hispánica”.

Los catalanes somos un pueblo comprometido desde siempre con el ideal de la unidad que articuló la Corona de Aragón y que impulsó la unión con Castilla y los demás pueblos de España para construir nuestra Nación común. Un pueblo que, durante los siglos que se sucedieron, vivió los mismos avatares que el resto de nuestros compatriotas: el auge y las crisis del siglo XVII; la Ilustración y la racionalización del XVIII; la gran Guerra Hispano-Francesa de 1808-1814; las guerras civiles carlistas que desgarraron toda nuestra geografía; la extravención española en el norte de África; el desgarramiento de Cuba; la última gran contienda fratricida de mediados de los años 30 del siglo XX... y, por último, las cuatro décadas de mayor desarrollo y progreso material, social y democrático vividas por toda España desde la reinstauración en 1975 de la Monarquía como régimen parlamentario.

Pero, por desgracia, percibo que los decenios de mayor progreso económico y social de nuestro país son también, triste y paradójicamente, los de la aceleración de la descomposición de España y su desconocimiento histórico como nación.

Señoras y señores,

Entiéndanme y discúlpennme esta incursión historicista y, si se quiere, política, pero les había adelantado que el artista —en mi caso, el pintor— tiene una función social que cumplir, aparte de la intrínseca de crear belleza. Y mi función social, la que he elegido y de la que saco fuerza para pintar mis óleos, es contribuir en la medida de mis posibilidades a la recuperación de la conciencia española, de la conciencia de nuestra historia y de nuestro lugar en el mundo. Ésa es mi batalla. Ésta es la batalla que quiero pintar y que debo pintar.

¿Y cómo hacerlo? Rescatando, recordando y recreando grandes hechos de la historia de España; acontecimientos, triunfos, victorias, heroicidades, descubrimientos sin par que, les aseguro, hacen de nuestro país una nación clave de la Historia Universal. Sabemos bien que si otros países, muy queridos y respetables, hubieran sido protagonistas de algo parecido, la industria cultural y cinematográfica mundial nos lo estaría recordando en todo momento.

¿Y por qué, en gran medida, represento hechos bélicos y escenas de nuestra historia militar?

Es cierto que España está en la cúspide del arte y la literatura universal, que fuimos los pioneros de la Globalización, que creamos una civilización intercontinental de base hispánica, que nuestros juristas e intelectuales sentaron las bases del Derecho Internacional moderno. Incluso que el primer parlamentarismo medieval tuvo aquí su origen. Logros culturales y políticos grandiosos que, sin duda, también habremos de reflejar. Sin embargo, la imagen del hecho bélico, por su gravedad, plasticidad y épica, proyecta mejor que ninguna otra el esfuerzo, el peligro, el heroísmo y la grandeza de hombres y mujeres, anónimos o famosos, que lo dieron todo, hasta la vida, por una causa, unos valores, una lealtad, por un sentimiento de hermandad. Por una patria. Por España.

No es una pintura belicista. Todo lo contrario. Rinde homenaje, lleno de respeto, a los que lo dieron y lo perdieron todo. A los españoles, pero también a sus adversarios que se batieron con valentía siendo fieles a sus propias lealtades. Una lección de lo que cuesta la paz que nunca debemos perder y que hemos de guardar con dignidad como el mayor tesoro. Los horrores de la guerra nos ayudan a recordarlo mejor que nada.

He señalado que la vía escogida es rescatar, recordar y recrear. Recordemos los hechos heroicos porque nuestro sistema educativo parece haberlos olvidado o escondido; y divulguémoslos para que todos, especialmente nuestros jóvenes, se

sientan orgullosos de las gestas de sus antepasados, de nuestros compatriotas de todos los tiempos.

Rescatemos la memoria de otros muchos acontecimientos extraordinarios protagonizados por España en el ámbito militar, en el de las exploraciones o en otros, y que casi nadie conoce.

¿Saben ustedes que, en el contexto de la Guerra de los Cien Años, las escuadras hispanas de la Corona de Castilla impusieron su hegemonía en el Canal de la Mancha y en todo el sur de Inglaterra? ¿Que hostigaron o tomaron decenas de poblaciones inglesas y que, con el Almirante Fernando Sánchez de Tovar al mando, entraron en el Támesis hasta casi las puertas de Londres?

¿Saben que, aparte de los descubrimientos de América y del Pacífico, o sea, de la mitad del Orbe, España protagonizó también otros descubrimientos fundamentales? Me refiero, por ejemplo, a los primeros avistamientos de Australia o de las fuentes del Nilo Azul realizados por occidentales; me refiero al primer avistamiento, por seres humanos, de tierras antárticas... Hechos impresionantes con los que España se adelantó en siglos a quienes luego aparecerían en los libros como sus teóricos descubridores... Éstos son sólo unos pocos ejemplos de la formidable, insuperable, historia española que estamos llamados a recuperar y que, sin duda, hay que pintar.

Y para ello, como digo, hay que recrear la imagen, o imágenes, que pudieron proyectar los hechos concretos. La pintura y el teatro desde hace centurias, y el cine desde el Siglo Veinte, han sido las artes e instrumentos capaces de interpretar, de reproducir imaginativamente cómo pudieron ser y acontecer visualmente sucesos históricos pretéritos.

Y esto me lleva ya a entrar propiamente en mi pintura, en mi estilo y técnicas, que es, quizás, lo que ustedes esperaban escuchar principalmente en esta disertación.

Yo me defino más como realista que como hiperrealista, porque me gusta dejar visible, en la corta distancia, la impronta de la pincelada; huyo del cuadro fotográfico. Soy totalmente autodidacta y nunca he estudiado pintura ni dibujo. Mis pintores de cabecera son algunos franceses del Siglo Diecinueve, como Alphonse de Neuville, Jean Baptiste Édouard Detaille y Jean Louis Ernest Meissonier. También el maestro contemporáneo Antonio López.

Reconozco en el colorido de mis obras una clara influencia de la escuela de Olot, que en ese aspecto siempre me ha fascinado, pero realmente soy incapaz de

plasmar la luz y el color de Sorolla, por poner un ejemplo. No sé si será por mi retina o por la luz de mi Cataluña natal.

En el proceso de elaboración de mis obras puedo distinguir tres fases. La primera es la documental, que consiste en conocer con el mayor detalle el hecho histórico que voy a plasmar y los elementos materiales del mismo —escenarios, ambientación, armamento, uniformes, pertrechos—. Disfruto particularmente profundizando en los equipos de los caballos y en toda la dimensión ecuestre pues, tanto como pintor de temática militar, soy también pintor de temática ecuestre. Trato igualmente de imaginar el aspecto y las indumentarias reales de los soldados, pues la uniformidad reglamentaria, por falta de medios, muchas veces no se cumplía. En esta fase cuento con la colaboración de historiadores y especialistas, entre los que quiero mencionar a la Asociación Retógenes, divulgadora de la historia militar de España, al Historiador y colaborador David Nieves, a la familia Sorando, expertos uniformólogos o al Coronel José Manuel Guerrero, con el que he realizado grandes proyectos

La segunda fase es el planteamiento del cuadro. Dibujo, por así decirlo, la escena en mi cerebro y cuando “la tengo” hago unos bosquejos rápidos en papeles y, algunas veces, escribo también unos breves apuntes para recordar ideas o detalles que más tarde trasladaré al lienzo.

La tercera fase es propiamente la de la realización. Ciertamente, mi proceso es atípico, pues no sigo ninguna referencia ni estudio al respecto. Una vez hecho el boceto sin detallar de la escena del lienzo, pinto los fondos; y siempre primero el cielo seguido del escenario, que es el elemento que marcará la intensidad de las figuras. Pinto de izquierda a derecha por la sencilla razón de que apoyo la mano en el lienzo y no me ayudo del bastón, ya que, la verdad, no sabría qué hacer con él... Dejo terminada cada parte que empiezo, antes de continuar con el resto del cuadro. Creo que es algo psicológico: quiero ver terminado lo que pinto antes de seguir adelante... y me parece que esto me pasa en otros aspectos de mi vida.

Es verdad que a menudo modifico figuras y escenas sobre la marcha, a medida que voy avanzando. Digamos que el dibujo en lápiz es orientativo y por eso no pierdo tiempo en detallarlo, salvo en algunos casos y personajes concretos. Una vez terminado, utilizo las veladuras para “engamar” el conjunto del cuadro, ya sea para oscurecer o aclarar el fondo, o bien para dar lejanías, o para ambientar. Acabo el cuadro con retoques y, en más de una ocasión, borro o añado alguna figura o elemento. Confieso que necesito Dios y ayuda para decidir cuándo considero que el cuadro está terminado: me podría pasar toda la vida retocando, borrando y restaurando detalles y elementos...

En suma, como decía, mi estilo lo enmarcaría en un realismo autodidacta, pintura clásica al óleo, donde dominan los colores terrosos y huyo de los llamativos y estridentes porque, a pesar de que los tonos de los uniformes militares podían ser muy vivos, acabo enmascarando esa viveza con el entorno y el escenario para obtener un mayor realismo.

Siento que tal vez les haya podido sorprender con la descripción de mi técnica pero, como les advertí, soy totalmente autodidacta. Aunque creo que, quizás, este modo de hacer y de crear en el campo pictórico pueda merecer alguna atención específica y servir a otros artistas.

Señoras y señores,

El gran Cusachs —mi paisano catalán y compatriota español— fue un pintor y militar que marcó una impronta indeleble en su tiempo representando escenas contemporáneas. Yo he querido ampliar el espectro a más siglos, a toda la historia de nuestro país, para despertar el orgullo de ser español en tiempos difíciles. Ha sido un reto inmenso —está siendo un reto inmenso— no sólo en los circuitos de galerías donde al principio era impensable este tipo de temática, sino también en medios y ámbitos públicos. Y, por ello, seguramente me he creado no pocas animadversiones en este mundo de lo políticamente correcto. Pero lo importante es ser coherentes con nuestros principios y nuestro compromiso. Mirar de frente y luchar resueltamente por invertir la tendencia general. Sin miedo.

Hoy veo con enorme satisfacción cómo muchos jóvenes ponen en las pantallas de sus teléfonos móviles escenas pintadas por mí, y cómo se distribuyen en las redes sociales mis pinturas ilustrando diversos episodios de nuestra historia. Muchos jóvenes, gracias a esta pintura, han descubierto a nuestros gloriosos Tercios y saben ahora lo que fueron las Campañas de África o las Guerras Carlistas. De este modo, voy comprobando que el Arte es una gran arma para combatir la desidia y el olvido, para rendir el merecido homenaje a nuestros héroes y antepasados, y para recuperar y fortalecer nuestra conciencia colectiva.

Pero esta tarea que tanto me enorgullece no la he hecho solo. Son muchas las personas, aparte de las mencionadas anteriormente, que me han apoyado en esta trayectoria apasionante. Menciono, entre otros, a mi amigo Arturo Perez-Reverte que con su imaginación me aporta escenas a mis cuadros más complicados, o a mi camarada de aventuras, Lucas Molina Franco, que apoyó mi proyecto desde los tiempos en que viví en Valladolid; también a Jesús García Calero, que con altura

de miras divulga el contenido de mi obra en los medios de comunicación o al General Antonio Esteban, por su dirección y determinación de trabajar por España a través de la Fundación Arte e historia Ferrer-Dalmau que preside Don Pedro de Borbón Dos Sicilias. La lista es muy larga, la de las grandes personas que me han apoyado y siguen haciéndolo y a las que siempre estaré agradecido.

Éste ha sido y es mi compromiso social que he tenido la fortuna de poder poner en práctica gracias a una habilidad artística que hoy, en Madrid, me habéis querido reconocer en esta insigne Academia de las Ciencias y las Artes Militares. Muchas gracias, una vez más, por esta distinción, por este honor que me da fuerzas para seguir perseverando en mi labor.

Gracias.